

Ávila Camacho-Roosevelt

Histórica entrevista en Monterrey

Jorge Pedraza Salinas

A las 16 horas con 14 minutos del martes 20 de abril de 1943, llegó a la ciudad de Monterrey el Presidente de los Estados Unidos de Norteamérica, Franklin D. Roosevelt, para sostener una histórica entrevista con el Presidente de México, Manuel Ávila Camacho.

Nuestra ciudad vivió en ese momento un episodio inusitado. La entrevista anterior entre mandatarios de México y Estados Unidos se había celebrado en el puente internacional de El Paso, Texas, en el año de 1909. Porfirio Díaz era el Presidente mexicano y William Taft el norteamericano.

Tuvieron que transcurrir 34 años para que se realizara un nuevo encuentro.

Pocas -muy pocas- personas sabían de esta entrevista antes de su realización; la información se manejó con mucha discreción. Sin embargo, algunos hechos previos despertaron el interés de los regiomontanos.

El domingo 18 de ese mismo mes - dos días antes de la entrevista- llegó a la ciudad el Presidente Ávila Camacho. Junto con su esposa, Soledad Orozco de Ávila Camacho, fue recibido en forma entusiasta por los regiomontanos. Le manifestaron su simpatía a través de diversos medios, que iban desde el saludo en las calles por donde se hizo el recorrido hasta el repicar de las campanas, el silbido de las fábricas y de las máquinas del

ferrocarril. Desde los balcones y azoteas de las casas y edificios de las avenidas por donde desfiló, se le lanzaron flores, confeti y serpentinas.

Dos días después, el 20 de abril a las 16:14 horas llegó a Monterrey el Presidente Roosevelt. Era ésta, sin duda, una de las visitas más importantes que había recibido la ciudad.

Mientras Roosevelt y su esposa Eleanor llegaban a bordo del ferrocarril, la noticia corría por toda la ciudad y se desataban las especulaciones en torno al propósito de la misma.

Este era, sin duda, un momento histórico.

En EL PORVENIR del día siguiente aparecería una reseña de esta visita: "Estábamos escribiendo una ilustre página de nuestra historia en nuestros propios lares, delante de las montañas augustas que forjaron el carácter de nuestros héroes en la civilidad y de nuestros caudillos en la guerra; en el panorama risueño de nuestro valle insigne que arrulló los sueños de libertad de nuestros héroes epónimos, y bajo el cielo luminoso de un día espléndido de primavera, cálido por las áureas septentrionales todavía, que desplegaban al viento, con pompa triunfal, las banderas de México y los Estados Unidos."

"El escenario no podía ser mejor: los personajes los más destacados y prominentes por su estatura de estadistas en el Continente Americano; el hecho, más significativo, más elocuente puesto que sellaban ambos, con su presencia en suelo mexicano, etapas que el tiempo ha ido velando con el desgranar incesante de los años, para ofrecer los lampos anunciadores de una aurora de cordialidades y de franco entendimiento entre ambas naciones... El coro de este episodio histórico, estaba integrado nada menos que por dos pueblos que habían acabado por olvidar sus

resentimientos seculares para fortalecer en el mundo el concepto del derecho y el ideal de la justicia".

Ávila Camacho era el Presidente promotor de la política de unidad nacional. El país estaba cansado ya de tantas luchas entre caudillos. El militarismo quedaba atrás y se ingresaba al civilismo. Desde su campaña electoral para llegar a la Presidencia, Ávila Camacho pugnó por la realización de un gobierno para todos. En esa campaña había dicho durante un recorrido por Yucatán: "Preciso la unificación nacional en torno a los problemas que atañen a la Patria, porque nuestra historia, nuestro presente y nuestro porvenir como nación libre están por encima de los intereses personales, de las necesidades de clase y de las ambiciones de partido".

México había liquidado ya la lucha armada y era necesario hacer a un lado las divisiones. Sin embargo, en el ámbito internacional se había desatado una gran lucha: la Segunda Guerra Mundial.

La contribución de México en esa guerra fue al lado de los Estados Unidos, proporcionando productos, materias primas y minerales estratégicos. Y por supuesto, también, hombres. Sin embargo, la presencia humana de México fue limitada. Fueron menos de 15 mil los mexicanos que lucharon en los frentes de batalla.

Es tal vez en esta época cuando se da un trato justo a los braceros. La salida de norteamericanos para luchar contra el enemigo, permitió que la mano de obra de los mexicanos fuera altamente apreciada y solicitada por el vecino país del norte. Más de 300 mil trabajadores se trasladaron a los Estados Unidos para colaborar en tareas agrícolas, en industrias y en ferrocarriles.

Había quedado plenamente establecido que los mexicanos que acudieran al vecino país del norte a trabajar, tendrían plenas garantías de ocupación y no serían destinados al servicio militar. Además, no serían objeto de discriminación.

Pero volvamos al momento de la entrevista de los dos Presidentes en Monterrey.

Antes de las 16 horas de ese 20 de abril de 1943 se habrían reunido al poniente del campo militar de esta ciudad, grupos de importantes personalidades para esperar la llegada del Presidente Roosevelt y sus acompañantes. Primeramente llegó un tren explorador que precedía al convoy norteamericano. Mientras, en el cielo regiomontano, se pudo apreciar el vuelo de un escuadrón de diecinueve aviones de la Armada Nacional.

El Presidente Ávila Camacho y su esposa se encontraban en un coche de ferrocarril, del cual descendieron para dar la bienvenida al Presidente Roosevelt y a su esposa.

De acuerdo con versiones periodísticas de ese momento, el Presidente norteamericano causó una grata impresión: la de una extrema sencillez, la de un demócrata clásico, la de un tipo de una profunda sinceridad. Sinceridad que, por otra parte, se esperaba que se reflejase en esta reunión en la que se requería de un franco y leal entendimiento y se necesitaba solidaridad para el cumplimiento de los altos destinos de dos pueblos.

El tren en el que llegó Roosevelt estaba compuesto por catorce carros. Fue precedido por un tren explorador con soldados de la Primera División del Ejército. El coche en el que viajaron el Presidente norteamericano y su esposa estaba colocado al final del convoy. De acuerdo con la información, se trataba de un tren

compuesto por carros blindados, pero despojado de todo señalamiento oficial.

El público que acudió a recibirlo era relativamente escaso. Esto se debió a que previamente se había tomado la decisión, por razones de seguridad, de que fueran pocas las personas que acudieran al lugar. Integraban el grupo de recepción funcionarios, periodistas, fotógrafos y altos jefes del Ejército.

El Presidente Ávila Camacho fue el encargado de dar la bienvenida al Presidente Roosevelt, en compañía del Secretario de Relaciones, Licenciado Ezequiel Padilla, el Secretario de Agricultura, Ingeniero Marte R. Gómez, así como el Licenciado Miguel Alemán, Secretario de Gobernación, quien luego habría de ser Presidente de la República. Por supuesto, también lo acompañaba su esposa Soledad Orozco de Ávila Camacho; así mismo, estaban presentes el Gobernador de Nuevo León, General Bonifacio Salinas Leal y el Subsecretario de la Defensa, General Francisco L. Urquiza.

Se llevaron a cabo los honores de ordenanza, mientras los dos Presidentes y sus respectivas comitivas escuchaban atentos los himnos de la Armada Nacional.

Los dos mandatarios se dirigieron luego al Palacio de Gobierno en un automóvil descubierto, desde el cual saludaban a los regiomontanos que acudieron a recibirlos. Los dos Presidentes levantaban las manos, respondiendo así a las manifestaciones de simpatía.

Las primeras damas se acompañaron una a la otra. La crónica señala que la señora de Roosevelt llevaba un traje sencillo

de color celeste y la señora Ávila Camacho vestía un traje negro con zapatos del mismo color.

Ya en Palacio de Gobierno, ambos mandatarios disfrutaron de un desfile que duró 45 minutos. A las 17 horas con 25 minutos se retiraron del Palacio de Gobierno, rumbo a la Ciudad Militar.

En el salón comedor de la Ciudad Militar se sirvió un banquete en honor del Presidente Roosevelt y de su esposa. En este acto, ambos Presidentes hicieron uso de la palabra.

Ávila Camacho expresó en esa ocasión que nada durable puede ser creado sin constancia en las privaciones y sin confianza y severidad en el sacrificio. Señaló que las únicas conquistas que obtendrían las Naciones Unidas serían conquistas morales de dignidad y pensamiento, de autonomía y conducta y con respeto al derecho.

Con el objeto de llevar a cabo en el futuro una vida juntos, el mandatario mexicano pidió sobreponerse a toda destrucción y explicó que una batalla de tal magnitud universal no se gana solamente en las trincheras del enemigo, sino a través de la unidad, a través de más trabajo y más producción y a través de los beneficios de la democracia pura, en la cual, nuestros hermanos y aun nuestros enemigos, puedan descubrir un modo prometedor de dar a la vida mejor bienestar.

"Le geografía -agregó- ha hecho de nosotros un puente natural de conciliación entre las culturas latinas y sajona del continente. Nuestros aciertos y nuestros errores tendrán en el futuro una tremenda significación porque no representarán únicamente el éxito o el error de México y los Estados Unidos,

sino más bien un ejemplo, un estímulo o una decepción para toda la América".

Por su parte, Roosevelt señaló que era sorprendente el hecho de que hubiesen transcurrido aproximadamente 34 años desde la entrevista anterior entre el mandatario mexicano y norteamericano, y manifestó su confianza de que en el futuro cada Presidente mexicano y norteamericano sintieran la libertad de visitarse mutuamente, tal como se visitan los vecinos para platicar y conocerse.

"Nuestros dos países -dijo- deben su libertad al hecho de que vuestros antepasados y los míos mantuvieron los mismos principios por los cuales justamente pelearon y ofendieron sus vidas. Hidalgo y Juárez fueron hombres del mismo temple de Washington y Jefferson. Fueron consecuencia inevitable que nuestros dos países se encontraran identificados en la gran batalla que se está librando actualmente para determinar si el mundo debe ser libre o esclavizado".

Se refirió después a que tales ataques no encontraron preparado al hemisferio occidental, e hizo saber que las 21 Repúblicas de América habían desarrollado, durante los últimos diez años, un sistema de cooperación internacional que se convirtió en un gran baluarte en la defensa de las tradiciones y del futuro. El sistema del cual habló Roosevelt se basaba, primordialmente, en la renunciación a todo uso de la fuerza y en la comprensión de la justicia internacional y del mutuo respeto, como la línea de conducta a seguir por todas las naciones.

"En esta gran ciudad de Monterrey -prosiguió- he quedado altamente impresionado por la forma en que están empeñadas todas las fuerzas productoras en la causa de la guerra. En la

formación de la victoria común, nuestros pueblos encuentran que tienen aspiraciones iguales. Pueden trabajar juntos por el mismo ideal. No perdamos nunca nuestra firmeza sobre esa verdad. Contiene dentro de ella el secreto de una prosperidad y bienestar futuro para todos nosotros a ambos lados de nuestras libres fronteras. Asegurémonos de que cuando nuestra victoria llegue, cuando se sometan las fuerzas del mal - y esta sumisión será incondicional- entonces nosotros, con el mismo denuedo unificado, nos enfrentaremos a la tarea de construir un mundo mejor".

En opinión de Roosevelt era ya el tiempo de que cada ciudadano en cada una de las Repúblicas del Continente Americano, reconociera que la política del buen vecino significa que el lesionar a una nación, es lesionar a todas.

Por último, manifestó que se habían conseguido un entendimiento estrecho y una unidad de propósito y agradeció al pueblo mexicano y a su Presidente la oportunidad de conocerse en suelo mexicano y de considerarlos amigos.

Después de las reuniones en esta ciudad, ambos Presidentes abordaron, ese mismo 20 de abril, a las 22 horas con 32 minutos, el tren formado por once carros que los llevaría a los Estados Unidos.

Al día siguiente, 21 de abril, Roosevelt y Ávila Camacho estaban en la Ciudad de Corpus Christi, Texas. Ahi, el Presidente mexicano fue objeto de una efusiva bienvenida en el centro naval y Roosevelt declaró que su entrevista con el mandatario mexicano había sido una de las más grandes entrevistas históricas de América.

Ambos Presidentes observaron una brillante demostración aérea, y finalmente acudieron a la estación del ferrocarril en donde se despidieron.

Concluía así, una histórica entrevista que marcó una nueva etapa en las relaciones entre México y Estados Unidos. Esta entrevista superó a la anterior, la cual había sido de menor resonancia. Se trataba de crear nuevas fórmulas de amistad y vecindad. Quedaba ya muy atrás aquel año de 1847, en el que se había levantado una muralla entre los dos países.

En un editorial de EL PORVENIR, de fecha 22 de abril de 1943, se señalaba que era otro el panorama y que no era el interés material el que movía los pasos de la personalidad más robusta de los Estados Unidos de muchos años a esta parte, sino una noble tendencia a restaurar los fueros del espíritu en América y en el mundo.

Algunos presidentes observaron una brillante demostración en el
área, y finalmente acudieron a la estación del ferrocarril en donde se
se despidieron. No se perdió una muestra de firmeza. En la
reunión se discutieron entrevistas que marcan una nueva
etapa en las relaciones entre México y Estados Unidos. Esta
entrevista se hizo en la estación de la ciudad de México.
Resonancia. Así trató de crear una fórmula de amistad y
vecindad. Queda para un futuro el año de 1847, en el que se
había levantado una gran batalla de guerra con los Estados

En un editorial de EL PORVENIR, de fecha 22 de abril de
1943, se señalaba que en el panorama que nos rodea
material el que movió los pasos de la personalidad más robusta de
los Estados Unidos de muchos años, esta parte sin una noble
tendencia a restituir los fines del espíritu en América y en el
mundo.

Por último, manifestó que se habían conseguido un
entendimiento estrecho y una unidad de propósito y agradeció al
pueblo mexicano y a su Presidente la oportunidad de conocerse en
suelo mexicano y de considerarlos amigos.

Después de las reuniones en esta ciudad, ambos
Presidentes abordaron, ese mismo 20 de abril, a las 22 horas con
32 minutos, el tren formado por once carros que los llevaría a los
Estados Unidos.

Al día siguiente, 21 de abril, Roosevelt y Avila Camacho
estaban en la Ciudad de Corpus Christi, Texas. Ahí, el Presidente
mexicano fue objeto de una efusiva bienvenida en el centro naval y
Roosevelt declaró que su entrevista con el mandatario mexicano
había sido una de las más grandes entrevistas históricas de
América.

